

ple ocurrencia que poco tiene que ver con el espíritu del libro.

La seguridad se ha traducido en exceso; pero es también, en *Leche*, una de las virtudes más notables, la que permite a Perezagua rozar los límites del mal gusto y caer estrepitosamente en lo políticamente incorrecto sin que tengamos derecho a escandalizarnos, porque esta violencia es la que exige la concepción de una escritura, como en el caso de Guadalupe Nettel, marcadamente somática, vista muchas veces desde la agonía o desde la muerte en contraste con la fuerte sexualidad. Conviene relacionar el relato con el que se abre el libro con el que lo cierra. *Little Boy* es un documento espeluznante sobre las víctimas de la bomba de Hiroshima que anuncia cómo la autora va a estructurar unos relatos que, con las excepciones señaladas, tienen una positiva coherencia: "imagínarme fotografías a partir de los detalles que fue precisando me ayuda a hilvanar las piezas de su historia"; aquí, la de una víctima del horror nuclear, descrito de forma escalofriante, que es asimismo víctima de una singular sexualidad. Se evita narrar la experiencia que supuso lanzar la bomba atómica para centrarse en las mujeres: en lo que supuso, para unas, la pérdida de sus hijos y para otras de la posibilidad de tenerlos, los cuerpos desolados a los que hace referencia Ray Loriga en su prólogo. En el último relato, *Leche*, de Hiroshima nos trasladamos a Vietnam. En este caso sí que somos testigos de la brutalidad de los invasores, pero de nuevo el centro es la maternidad y, de forma tierna y brutal, "la leche materna del padre", en un final tan desagradable como impactante.

No todo es sordidez y oscuridad en este libro. Y un buen ejemplo es *Las islas*, muy narrativo, ameno, animado por la misteriosa presencia de una mujer cuya verdadera identidad sólo descubrimos en el curioso y tal vez decepcionante final. Y, en una dimensión más dramática, *Un solo hombre solo*, donde de nuevo la cercanía de la muerte estimula los recuerdos, aunque ahora estos recuerdos nos remon-

**Pese a sus debilidades, en 'Leche' nos encontramos ante una escritura poderosa, imaginativa y valiente**

tan al origen de la humanidad, a las pinturas rupestres, y así se va avanzando hasta conocer, en un curioso recorrido por la historia, lo que hemos heredado de nuestros antepasados para explicar lo que somos cada uno de nosotros. Con todas sus debilidades, en *Leche* nos encontramos ante una escritura poderosa, imaginativa y valiente, limpia de prejuicios. |

**O. Henry**  
**Historias de Nueva York**  
Traducción de José Manuel Álvarez Florez

NÓRDICA  
173 PÁGINAS  
16,50 EUROS

**Cuentos** Una antología que muestra los mejores relatos de O. Henry, mezclas de realismo y metáfora construidas siempre en función del desenlace

## Con sorpresa final

**ROBERT SALADRIGAS**

Debo ser sincero y reconocer que me resulta más apasionante la singular biografía de O. Henry –seudónimo literario de William Sidney Porter (1862-1910)– que sus cuentos, por los que perdura en la memoria de la narrativa breve norteamericana posterior a Edgar Allan Poe. Me atrae saber que Sidney Porter, oriundo de Carolina del Norte, estuvo residiendo un tiempo en casa de un amigo donde había un gato llamado Henry. Siempre que el animal cometía travesturas, el dueño exclamaba, "¡Oh Henry!". Cuando en 1891 el joven trabajaba de cajero en el First National Bank de Austin, fue acusado de un desfalco, en vísperas del juicio huyó a Honduras y no regresó hasta 1897, al enterarse que su esposa Athol estaba gravemente enferma de tuberculosis. Al final fue apresado, sentenciado a cinco años de cárcel, de los que cumplió tres en la penitenciaría de Columbus, Ohio, y allí, con tiempo por delante, empezó a escribir algunos de los cuentos que más tarde, ya instalado en Nueva York y bajo el seudónimo de O. Henry –en recuerdo de la expresión que provocaba el gato texano– labrarían su celebridad.

Los cuentos de O. Henry son propios de alguien que más allá de su condición de narrador era un periodista. En este volumen antológico, *Historias de Nueva York*, compuesto por diecisiete piezas, entre las mejores que he leído de su bibliografía, se hace evidente por qué algunos críticos, entre ellos Edmund Wilson, que los juzgaba con cierta altivez intelectual, los tildaron de cuentos "periodísticos". O. Henry poseía la facultad de saber iluminar zonas trascendentes en la vulgaridad de los personajes cuyas peripecias nos cuenta, y sabía atrapar la movilidad del alma de las calles de una gran ciudad –en este caso Nueva York a principios del siglo XX, con cuatro millones de habitantes– como si su privilegiada mirada selectiva le permitiera hurgar en el fondo ambiguo de las imágenes. Por esa razón sus cuentos, desprovistos de abalorios culturalistas e ideológicos, no concuerdan con los esquemas establecidos por Bret Harte, Allan Poe o Sherwood Anderson. Él mezcla realismo y metáfora, ejemplaridad moral y re-

finamiento canalla, todo ello al servicio de fábulas sencillas, nunca excesivamente breves ni esquemáticas, que desarrolla con la vista puesta en la resolución final.

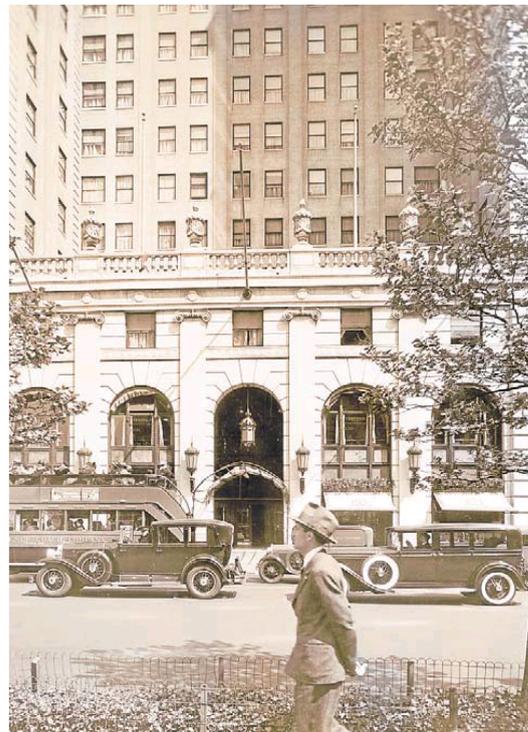
En otras palabras, ahí radica la verdadera peculiaridad de los relatos de O. Henry, heredada de la

**Iluminaba la vulgaridad de sus personajes y sabía captar el alma de la gran ciudad**

poética de Poe, que él lleva al extremo: una vez elegido el tema, la estructura del cuento se construye desde el principio en función del desenlace. En el postrer instante, a veces en la última línea, estalla la sorpresa, se produce el giro inespe-

rado que cambia por completo el sentido que el lector atribuía a la historia. Jorge Luis Borges, admirador de O. Henry, opinaba que el procedimiento, a la larga y a fuerza de repetido, tiene algo de mecánico. Y así es. A mí el convencimiento de que me acecha una sorpresa y que cualquiera que sea su naturaleza va a ponerlo todo patas arriba, debilita mi interés por lo que estoy leyendo. De todos modos, algunos de estos cuentos insertos en el denso tejido urbano de Nueva York (tan familiar al autor) me parecen magníficos referentes del arte narrativo de O. Henry. Uno de ellos es *El policía y el himno*, que ya Richard Ford incluyó en su *Antología del cuento norteamericano* (Galaxia Gutenberg, 2002). Otros dos que sitúo a su misma altura son *El romance de un corredor de bolsa atareado* y *La habitación amueblada*. Y todavía un cuarto por su audaz sutileza: *Primavera 'à la carte'*.

El caso es que, gusten más o menos las reglas, tonos y formas de los cuentos de O. Henry, tuvo en su época una popularidad hoy difícil de medir. Muerto de cirrosis, su nombre prestigia el más codiciado premio anual de cuentos de la literatura norteamericana, en cuya larga lista de ganadores aparecen Faulkner, Flannery O'Connor, John Cheever, Harold Brodkey, Eudora Welty, Truman Capote, Raymond Carver... O. Henry permanece en pie. |



El autor supo atrapar la movilidad del alma de Nueva York a principios del siglo XX GETTY